

Primera parte: *Kami*

Un espíritu adorado

Vida 1
Osaka 大阪

La mujer maquillada

«Todos, más o menos, usamos máscaras.
Porque sin máscaras no podemos sobrevivir
en este mundo violento».

Primera persona del singular (2020),
Haruki Murakami.

ÉRASE UNA VEZ UNA MUJER MAQUILLADA LLAMADA OSAKA.

Se sentó, al atardecer, enfrente del gran espejo de la cómoda instalada en el dormitorio de su apartamento del último piso de una de las torres de viviendas más altas de toda la ciudad de Osaka, junto al río Dojima. Al igual que la reina hechizada de un cuento, embrujada en su propio castillo de ficción, al mirarse en el espejo no se reconoció en él. El cristal no le devolvió ni reflejo ni identidad alguna, salvo una ausencia facial fatal. La nada de su rostro. La mujer recorrió con su dedo índice el espejo allí por donde sus bellas facciones de antaño debieran haber estado impresas e ideó el perfil de su propio semblante ausente. Sin embargo, solo quedaron en el cristal, y por apenas unos breves instantes, las huellas digitales del dedo, simulando una acreditación táctil a falta de una evidencia visual, que, del mismo modo que la tez, también se desvanecieron hasta desaparecer.

Todos los días realizaba el mismo ritual contemplativo delante del espejo espejito mágico, tratando, tal vez, de romper ese encantamiento maldito: el de contemplarse, inicialmente, con expectativa, para no sentirse reflejada, finalmente, con frustración. Mirarse, pero no verse. No al menos del modo que ella quería que fuera en su integridad personal, esa que resulta inalienable y que ni se adquiere por prescripción ni se pierde siquiera por omisión. Salvo la de ella. El conjuro provisional para paliar los efectos perversos padecidos era el maquillaje. Aun el más nimio que se aplicara sobre donde tenía que estar su faz servía para enmascarar su identidad perdida y no vuelta a encontrar a pesar de buscarla con desesperación. Cualquiera que hubiera sido esta identidad en algún momento de su pasado como persona que era. Ya no estaba

segura de haberla tenido alguna vez. Tampoco estaba segura de haber sido ninguna vez.

En primer lugar, se aplicó una compacta base blanquecina por donde su cara, suponía ella, debía de estar. La extendió con mucho cuidado utilizando ambas manos. Siempre le había gustado ese color de arroz que germinaba en su rostro hasta que se secó, de improviso, para convertirse en un erial de expresiones. Tan absurdo como el títere desmadejado de un ventrílocuo mudo. Con una brocha expandió de modo uniforme todo el colorete con el que se había untado la tez que no tenía. El espejo le devolvió una cara redonda y blanca de luna llena. Más terrorífica que pacífica por artificial y simulada. Un lucero antinatural encendido en la semioscuridad de su habitación. Tan solo era el comienzo de su sortilegio personal.

Después, y sobre esa capa parecida a la harina espolvoreada, se dibujó con pinceles de distinto grosor, y utilizando diferentes colores, las cejas, los ojos —incluyendo iris, pupilas y escleróticas—, las pestañas, la nariz, los labios, los dientes, la lengua y las orejas. Sin duda, estas eran las que más le costaban al pintarse. No obstante, tenía que bosquejarlas y refinarlas si quería completar su autorretrato cosmético. A diferencia de todas las demás piezas del puzle de su cara por encajar, las orejas eran las únicas que tenían parte delantera y parte trasera. Esbozar ese lado posterior del pabellón auricular, oculto tras el pelo, era siempre, para la mujer maquillada, un ejercicio de superación artística respecto de sus capacidades inventivas más que destacables al haberse licenciado, una vez, años atrás y casi ya en otra vida, en el Grado Superior de Creación y Diseño: la rama de las bellas artes para un ámbito menos plástico y más digital.

Dedicó mucho tiempo a maquillarse con detenimiento. Así debía hacerlo en los días que tenía visitas, y hoy las tendría, si quería

resultar presentable o aparentar serlo ante sus invitadas. Se rio de su ironía. Eso le quedaba, la ironía fina, se dijo con la melancolía que produce la falta de perspectivas. No sabía adónde había ido a parar todo lo demás, todo aquello que en un pasado fue o tuvo. El maquillaje era un ejercicio que le requería, además de una gran concentración, de mucha, de muchísima imaginación. No resultaba fácil inventarse día a día, aunque una fuera siempre la misma. ¿O cada día una misma era distinta?, se preguntó. En cualquier caso, el gran defecto de la creatividad, que es a la vez su gran virtud, es que obedece más a impulsos anímicos que a dictados racionales, sean razonables o no, pensó. Así, pintarse la cara tendría más un trasfondo emocional que intelectual y lo que el rostro mostrara de ella dependería más de una impresión cualquiera improvisada que de un patrón o regla cierta seguida. Variabilidad facial no precisamente fruto del ceño de la frente o de las arrugas de los ojos o del pliegue de las comisuras de la boca, según el momento y las circunstancias, sino de la pericia de la mano experta que ha dibujado una cara que, simple y complejo de entender, no existe.

Una vez finalizada la sesión de pinta y colorea en el álbum de su rostro, se miró nuevamente en el espejo y, esta vez, asintió complacida. Hoy sí que se parecía a la Osaka de la última ocasión, a la que se maquilló dos semanas atrás para su último club de lectura que tuvo lugar, también, en su lujoso apartamento sito en un rascacielos del centro financiero de la ciudad. Desde entonces no había necesitado maquillarse porque ya no salía de su vivienda ubicada entre una maraña de altos edificios. Una araña perezosa, una tarántula somnolienta, colgada de su propia tela de acero y cristal, esperando un motivo para desperezarse y ascender o descender —según se diera el caso— por el jeroglífico colgante que era la edificación.

En esta noche incipiente, que ya comenzaba a contemplar a la mujer maquillada con la luz artificial proveniente de la ciudad encendida por miles de farolillos, recordó con un estremecimiento de vívido terror esa sensación espeluznante de varios años atrás cuando caminaba por las calles de Osaka a plena luz del día y sintió todos los ojos de la población puestos sobre ella. Ojos ajenos pareciendo ventosas que se adherían a su propia piel para examinarla con la repulsión con la que se analiza por parte de un científico un virus mortal o un ácaro diabólico. Fue ese ayer, hasta aquel preciso momento, para la mujer maquillada de hoy, un día normal, porque a partir de entonces todo se emborronó y se difuminó y nada volvió a ser parecido a la pintura de antes, empezando por ella misma y terminando en ella.

La humedad, rememoró en el ahora de aquel entonces, era insufrible y el calor apretaba con una saña malsana por cualquier resquicio que hubiera libre por entre las calles ardientes de Osaka, su ciudad y también su nombre, estrujando los cuerpos de los transeúntes de la metrópolis para convertirlos en simples zumos naturales exprimidos y licuados sobre las aceras y los asfaltos. Sus padres la llamaron así, Osaka, igual que la urbe japonesa en la que había nacido en el siglo pasado. El sudor le caía a borbotones por su espalda y por entre sus pechos creando canales acuíferos en su piel asemejándose a los riachuelos saltarines por entre las rocas de los cauces que descienden juguetones desde la montaña. El pelo, recordó, se le apelmazaba sobre su cara, simulando llevar algas marinas por sombrero o mochos de fregona por tocado, y notaba, con incomodidad, que el líquido salado de su organismo le empapaba toda la tez sintiendo tener colgado sobre su rostro un trapo mojado o un sudario sagrado. Notó que ese trapo o sudario se restregaba por su cara hasta el punto de que esta se le deshacía. Percibió que se le desmenuzaba la cara entera en un inexplicable

proceso metabólico de descomposición orgánica o en un injustificable descuido artístico de borrado gráfico.

Volvió a reírse de su símil. Deshacerse, desmenuzarse, descomponerse, borrarse. ¿Desaparecer? Se acordó de que, en aquel momento del pasado, se tocó la piel y no la sintió. Solo el vacío. El que se aprecia por el interior de un aro de metal de esos utilizados por los magos en sus trucos circenses al introducir la mano. Nada por aquí, nada por allá. Nada. Quizá, pensó aquel día, fuera un repentino golpe de calor que estuviera sufriendo o una pasajera indisposición que estuviera padeciendo lo que provocara su incomprensible situación. Sin embargo, debido a las miradas extrañas de los transeúntes y a su propia sensación de transparencia, de falta de corporeidad, de ausencia facial, decidió entrar en una conocida tienda de ropa de lujo, de la que era clienta habitual, buscando el abrigo del aire acondicionado para tratar de serenarse, de recobrase, de restablecerse. Tal vez de recomponerse o, simplemente, de rehacerse. ¿De volver a ser?, se preguntó. Átomo a átomo y molécula a molécula. La dependienta no la reconoció cuando la mujer entró en el establecimiento comercial. Era imposible hacerlo por muy estrechas que hubieran sido las relaciones personales entre ambas mujeres después de tantas y tantas transacciones de compra y venta realizadas.

¡Señora!, exclamó la dependienta y se ocultó el rostro, ella sí que tenía un rostro que ocultar, con ambas manos, y ahogó el célebre grito de desesperación pintado por el noruego Edvard Munch en 1893.

¿Qué ocurre, Rieko? ¡Me estás asustando!

¿Osaka? ¿Es usted Osaka?, dijo Rieko reconociéndola por la voz, solo por la voz que salía de un vacío facial.

¡Claro que soy yo, Osaka! ¿Quién iba a ser si no?

Señora, su cara, su cara está deshaciéndose. Desapareciendo. Es, en realidad, una mancha desfigurada.

Pero ¿qué estás diciendo, Rieko?, preguntó Osaka con indisimulado nerviosismo y volvió a tocarse su rostro, igual que antes de entrar en la tienda, para percibir que, en efecto, no había nada en él. Ni siquiera la nada. Sus dedos tocaban la ausencia e incluso, esto era aún lo más inquietante de todo, si se introducían lo suficiente adentro de esa cara inexistente llegaban a rozar la parte interior del pelo, la que está prendida de la nuca: el cuero cabelludo.

La mujer se miró con angustia en el espejo de mano que le ofreció una atónita Rieko y no vio su cara reflejada en el mismo. No la vio. Su antigua faz, serena y bella, cual papel de seda, era ahora una masa diluida, una acuarela vuelta del revés y a la que las gotas de agua hacen perder el contorno de lo dibujado para desbordarse al margen de lo indicado por el lapicero y el pintor. Se cayó al suelo desvaída, vaga e imprecisa, desfigurada y deshumanizada, y despertó en el hospital con la cara vendada o con una venda en donde debía de estar su cara.

Fueron muchos años infructuosos de centro médico en centro médico, de consulta en consulta, en busca de un diagnóstico certero, primero, y de un tratamiento eficaz, después. Osaka provenía de una familia pudiente, aunque no ostentosa, por lo que los mejores médicos japoneses y también estadounidenses investigaron su caso singular sin que hallaran ninguna razón científica que explicara lo que le ocurría ni, por lo tanto, pudieran pautar un tratamiento médico que paliara su inaudita dolencia. Ninguna cura que cubriera su ausencia de cara. Únicamente llegaron a la conclusión de que padecía una de esas enfermedades raras consistente, en este caso particular, en la desaparición de todos los rasgos faciales, sin excepción, debido a la exposición a la luz del sol. Al igual que una vampira, aunque no se convirtiera en ceni-

za, sino que desapareciera solo en parte. Una especie de espíritu adorado que se siente y nada más.

Inicialmente, y una vez que la cara quedaba protegida de esa luz solar directa durante cierto tiempo, las facciones volvían a aparecer y permanecían sin difuminarse en el rostro de Osaka, quien comenzó a permanecer encerrada en su torre de cristal, con todas las ventanas tapiadas con gruesos cortinajes durante el día, para vivir de noche en un ciclo vital a la inversa propio de un murciélago. Oculta en la vida diurna, a la manera de una tarántula en una tienda ilegal de animales exóticos escondida a inspecciones sanitarias o de contrabando, y visible en la vida nocturna: una figura de ficción iluminada por un resplandor artificial. Fue entonces cuando Osaka aprovechaba para perderse en la zona de Dōtonbori entre las luces de neón que sobrevolaban los altos edificios, entre los innumerables carteles luminosos que creaban destellos en zigzag sobre el canal, entre los puestos de comida, también los de la servida a domicilio con sus cajas grasientas, que salpicaban las aceras, y, sobre todo, entre esas figuras enormes, casi grotescas y caricaturescas, de cartón piedra, que simulaban la extravagancia de ser seres animales reales cuando no dejaban de ser una irrealidad espectral animada mecánicamente a la manera de ese cangrejo gigante de Kani Dōraku. La mujer se veía a sí misma en esas representaciones exageradas y estafalarias. Su maquillaje era, para ella y para los demás, una figura de decoración que pretendía resultar atractiva, y probablemente lo fuera por la noche cuando todos los gatos son pardos, pero llegaba el día y, con él, todo quedaba reducido a una simple mascarada ominosa y vergonzosa. La enfermedad, no obstante, avanzó sin detenerse y llegó un momento en que su cara, un día, simplemente desapareció en el agujero negro de su vida y nunca más volvió a acompañar al resto de su cuerpo.